LA EUCARISTÍA Y EL MINISTERIO ORDENADO

RAMIRO GONZÁLEZ

Cuando acaba de concluir el Sínodo de Obispos, dedicado al estudio de la Eucaristía «Fuente y cumbre de la vida y de la misión de la Iglesia»[1] y con ella se clausura todo un año dedicado a la Eucaristía[2], vamos a centrar nuestra reflexión en el binomio Eucaristía-ministerio ordenado, tratando de explicitar brevemente algunos aspectos más destacables de tipo teológico y litúrgico. Lo hacemos sin más pretensiones que ayudar a los ministros ordenados (Obispo, presbíteros y diáconos, ordenados para el servicio), *mistagogos*[3] por excelencia y a los fieles, a valorar siempre más el misterio de la Eucaristía.

1. Cfr. Sínodo de los Obispos. XIª Asamblea General Ordinaria, *La Eucaristía: fuente y cumbre de la vida y de la misión de la Iglesia. Lineamenta,* Ciudad del Vaticano 2004. Lo citaremos con la sigla L; también: Sínodo de los Obispos. XIª Asamblea General Ordinaria, *La Eucaristía: fuente y cumbre de la vida y de la misión de la Iglesia. «Instrumentum laboris»,* Ciudad del Vaticano 2005. Lo citaremos con la sigla I L; *48º Congreso Eucarístico internacional* (del 10 al 17 de octubre de 2004), *La Eucaristía, luz y vida del nuevo milenio. Texto base,* Arquidiócesis de Guadalajara 2004.

2. En este sentido puede verse JUAN PABLO II, *Carta Apostólica. «Mane nobiscum, Domine». Quédate con nosotros, Señor* (7.X.2004), San Pablo, Madrid 2004. Citaremos esta carta con la sigla MND. También: Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, *Año de la Eucaristía. Sugerencias y propuestas* (15.X.2004), Libreria Editrice Vaticana 2005. Este documento lo ciraremos con la sigla SP.

3. Este término y concepto lo empleamos en el sentido de *introductor* en los misterios que se celebran en la Eucaristía, pero teniendo en cuenta que el ministro ordenado es «sacramento personal» de Cristo Cabeza y «en su Persona», dentro de la comunidad celebrante, actúa el memorial del sacrificio de Cristo y Banquete que alimenta la vida de los cristianos, hasta que el Señor vuelva. Cfr. L cap. V; MND 17; SP 35; cfr. 20-31; cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica* (= CCE) nn. 1074-1075; 1348-1355; 1548-1553. Otra bibliografía puede verse en nuestro trabajo: «La mistagogía en la Unción de enfermos. Contribución a la renovación de la Liturgia como "Mysterium" en los sacramentos» en AA.VV., *Credere et celebrare. Homenaje al Profesor D. Emilio Aliaga Girbés,* Valencia 2004, 381-384. Quizás, cuando este trabajo vea la luz, ya estará publicado el Volumen correspondiente a las Jornadas Nacionales de Profesores de Liturgia de 2005,

ISSN 0036-9764

1. El ministro ordenado, «liturgo» con Cristo de la Eucaristía

En la celebración eucarística el sacerdote, como presidente[4] «en la Persona de Jesucristo Cabeza» y en nombre de toda la Iglesia (CCE 1548-1554), además de proclamar la oración y realizar los gestos de Cristo, tiene la responsabilidad de *hacer entrar* (llevando como de la mano) a los fieles en *misterion*, que se actúa, por la *acción* (celebración), para *la vida* en el Espíritu.

Textos importantes que ayudan a fundamentar y profundizar lo que decimos son: SC 48; 6; LG 26; 28; CD 15; PO 5; *Eucharísticum Mysterium*[5] 20; 24; 26; 42-43; OGMR 10-13; 59-60. No podemos detenernos en todos ellos; simplemente apuntaremos perspectivas a desarrollar en este sentido.

SC 48, *encuadrado* en el capítulo de la Ecuaristía (II), *se centra* en la participación activa y fructuosa de los fieles. Por ello, *destaca*: la preocupación de la Iglesia por ayudar a los fieles a comprender en lo posible «este misterio de fe»[6]; parcipar activa y piadosamente superando la pasividad e inactividad; *pide* que se instruya «con la Palabra de Dios», sean fortalecidos en la mesa eucarística, actúen la acción de gracias; con el sacerdote y por ellos deben aprender a ofrecerse (oblación, sacrificio), ofreciendo a Jesucristo, Víctima, «por manos del sacerdote» y «juntamente con él» y, por fin «se perfeccionen día a día por Cristo Mediador en la unión con Dios y entre sí, para que, finalmente, Dios sea todo en todos»[7].

donde se hallará un trabajo más amplio de R. González Cougil, sobre las «luces y sombras de la Reforma litúrgica, desde la perspectiva mistagógica». Remito también a la biografía recogida allí.

4. Cfr. Secretariado de la Comisión Episcopal de Liturgia, *El presidente de la celebración eucarística. Directorio litúrgico pastoral*, PPC, Madrid 2004.

5. Sagrada Congregación de Ritos y Consilium, «Instrucción "Eucharisticum mysteriun", sobre el culto del misterio eucarístico» (25.V.1967), en A. Pardo, *Documentación litúrgica posconciliar. Enchiridion*, Regina, Barcelona 1992. En adelante la citaremos con la sigla EM.

6. Juan Pablo II, *Carta Encíclica «Ecclesia de Eucaristía». La Iglesia vive de la Eucaristía*, San Pablo, Madrid 2003, nn. 5-10 y todo el cap. I. En adelante la citaremos con la sigla: E d E. El Papa profundiza en la realidad de la Eucaristía como *misterio de fe* en orden a que los fieles todos entiendan más, asimilen el significado de los ritos y preces y puedan *vivir* cada vez más de ellos. Destaco que *el misterio*, lejos de aparecer como una realidad incomprensible, se presenta como algo tan profundo, rico de contenidos e inabarcable, que *nunca podrá ser agotado* ni por la inteligencia ni las demás potencias humanas.

7. SC 6 se encuadra en el capítulo I, sobre *los principios generales para la reforma y el fomento de la sagrada Liturgia*. Más en concreto responde a la *naturaleza de la sagrada liturgia y su importancia en la vida de la Iglesia*. El n. 5 trata de la *obra de la salvación realizada por Cristo* y el 6 de esta misma *obra, continuada por la Iglesia y que se actúa por la predicación de la Palabra y los sacramentos*. En este contexto específico, SC 6 habla de

LG 26 se sitúa en el capítulo III, que versa sobre la «Constitución jerárquica de la Iglesia, y particularmente el Episcopado». Más concretamnte el número indicado trata del «oficio de los Obispos de santificar». Indica que «por estar revestido de la plenitud del sacramento del orden, es "el administrador de la gracia del supremo sacerdocio", sobre todo en la Eucaristía, que él mismo celebra o procura que sea celebrada, y mediante la cual la Iglesia vive y crece continuamente». Esta Iglesia de Cristo está verdaderamente presente en todas las legítimas reuniones locales... En ellas se congregan los fieles... y se celebra el misterio de la Cena del Señor «para que por medio del cuerpo y de la sangre del Señor quede unida toda la fraternidad...». En toda comunidad de altar, bajo el sagrado ministerio del Obispo, se manifiesta el símbolo de aquella caridad y «unidad del Cuerpo místico, sin la cual no puede haber salvación». En estas comunidades... está presente Cristo, por cuya virtud se congrega la Iglesia una, santa, católica y apostólica. Pues la participación del cuerpo y sangre de Cristo hace que pasemos a ser aquello que recibimos.

Ahora bien, toda legítima celebración de la Eucaristía es dirigida por el Obispo, a quien ha sido confiado el oficio de ofrecer a la Divina Majestasd el culto de la religión cristiana y de reglamentarlo...". Este texto vincula estrechamente al Obispo con la Eucaristía[8] y a ésta como expresión culminante de la Iglesia. En la Eucaristía celebrada por el Obispo o el presbítero en comunión con él, se actúa el misterio de la Iglesia una y católica. Por medio de la Eucaristía, la Iglesia vive y crece constantemente[9].

la Eucaristía. Ésta es Cena del Señor y proclamación de su muerte hasta la vuelta definitiva (1 Cor 11, 26). Desde Pentecostés, los fieles reciben el Bautismo y participan en la «fracción del pan» (Hech 2, 41-42). «Desde entonces, la Iglesia nunca ha dejado de reunirse para celebrar el misterio pascual: leyendo *cuanto a él se refiere en toda la Escritura* (Lc 24, 27), celebrando la Eucaristía, en la cual "se hacen de nuevo presentes la victoria y el triunfo de su muerte", y dando gracias al mismo tiempo *a Dios por el don inefable* (2 Cor 9, 15) en Cristo Jesús, *para alabar su gloria* (Eph 1, 12), por la fuerza del Espíritu Santo». Es una magnífica descripción de la praxis de la Iglesia y de la conciencia que la Iglesia tiene, desde la fe, del *misterio de la Eucaristía.* Contenidos claves son: la asamblea reunida en nombre del Señor, la celebración cada ocho días del misterio pascual, las lecturas que se refieren a Jesús en la Escritura Santa, la Eucaristía como triunfo de Cristo sobre la muerte, acción de gracias por este don inefable de Cristo, alabanza de la gloria del Padre por el Espíritu.

8. Cfr. también CD 15: ...«Esfuércense, pues, constantemente (los obispos) para que los fieles de Cristo conozcan y vivan de manera más íntima, por la Eucaristía, el misterio pascual, de suerte que formen un cuerpo compactísimo en la unidad de la caridad de Cristo; perseverantes en la oración y el ministerio de la Palabra (Act 6, 4)...».

9. Aquí reside el fundamento del título y gran parte del contenido de E d E, cfr. n. 1. Dice este n. 1: «Esta verdad no expresa solamente una experiencia cotidiana de fe, sino que encierra en síntesis *el núcleo del misterio de la Iglesia*». El Papa lo explica después de los nn. 1-10.

LG 28, dentro del mismo capítulo II versa sobre «los presbíteros. Sus relaciones con Cristo, con los Obispos, con el presbiterio y con el pueblo cristiano». El número establece la conexión del Obispo con los Apostoles y con los presbíteros. Sigue diciendo: «Los presbíteros, aunque no tienen la cumbre del pontificado y dependen de los Obispos en el ejercicio de su potestad... han sido consagrados como verdaderos sacerdotes del Nuevo Testamento... para predicar el Evangelio y apacentar a los fieles y para celebrar el culto divino... Pero su oficio sagrado lo ejercen, sobre todo, en el culto o asamblea eucarística, donde, obrando en nombre de Cristo y proclamando su misterio, unen las oraciones de los fieles al sacrificio de su Cabeza y representan y aplican en el sacrificio de la Misa, hasta la venida del Señor (cfr. 1 Cor 11, 26), el único sacrificio del Nuevo Testamento, a saber: el de Cristo, que se ofrece a sí mismo al Padre, una vez por todas, como hostia inmaculada (cfr. Hebr 9, 11-28)». Es de destacar que el Concilio ponga la cumbre del ministerio presbiteral en la celebración de la Eucaristía, donde se une el sacrificio de Cristo a las oraciones de todo el pueblo de Dios[10].

Toda la riqueza, descrita en los textos conciliares analizados, procede de la *Ordenación sagrada,* por la que el Obispo y los presbíteros reciben el don del Espíritu Santo para actuar «in persona Christi Capitis» y «apacentar la Iglesia con la palabra y la gracia de Dios»[11]. De un modo especial, esto sucede en la

10. Este número se complementa con PO 5, en el que se dice que los presbíteros obran «en la celebración del sacrificio como ministros de Aquel que en la liturgia ejerce constantemente, por obra del Espíritu Santo, su oficio sacerdotal a favor nuestro... Por la celebración señaladamente de la Misa ofrecen sacramentalmente el sacrificio de Cristo... Y es que, en la santísima Eucaristía se contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, a saber, Cristo mismo, nuestra Pascua y pan vivo por su carne, que da la vida a los hombres, vivificada y vivificante por el Espíritu Santo. Así son ellos invitados y conducidos a ofrecerse a sí mismos, sus trabajos y todas sus cosas en unión con Él mismo. Por lo cual, la Eucaristía aparece como la fuente y la culminación de toda la predicación evangélica». Tanto los catecúmenos, como los fieles bautizados y confirmados «se insertan por la recepción de la Eucaristía, plenamente en el Cuerpo de Cristo. Es, pues, la sinaxis eucarística el centro de toda la asamblea de los fieles que preside el presbítero». En este mismo número, el Concilio pide a los sacerdotes que enseñen a fondo a los fieles a ofrecer la Víctima divina al Padre y ofrecer junto con ella su propia vida; deben *instruir* a los fieles a confesar sus pecados, bien arrepentidos, a la Iglesia, convirtiéndose de verdad; deben *enseñarles* a participar en las funciones litúrgicas, para cultivar la oración; deben *conducirles* a practicar durante toda la vida un espíritu de oración cada vez mayor; *lleven* a todos al cumplimiento de los deberes del propio estado; *muevan* a todos a la alabanza y acción de gracias al Padre. La alabanza y acción de gracias del presbítero, en la Eucaristía, ha de proseguir en la liturgia de las Horas. La casa de oración, en la que se celebra y reserva la Eucaristía y se consagra a los fieles y en que se adora la presencia de Dios, ofrecida en el ara de la Eucaristía, debe estar limpia y bien dispuesta para la oración y las sagradas solemnidades.

11. Cfr. *Pontifical Romano. Ordenación del Obispo, de los presbíteros y de los diáconos,* Coeditores litúrgicos 1998, *Introducción general (praenotanda)* n. 1; cfr. nn. 2-6.

celebración de la Eucaristía. El sacerdote ministerial es «liturgo» con Cristo, el único Sacerdote, que quiso participar su ministerio con los Obispos y presbíteros. Jesús ordenó a sus Apóstoles celebrar la Eucaristía hasta su vuelta y así les constituyó sacerdotes del NT (CCE 1337). El mandato del Señor exige «la celebración litúrgica por los apóstoles y sus sucesores del memorial de Cristo, de su vida, de su muerte, de su resurrección y de su intercesión junto al Padre» (CCE 1341).

La condición de *liturgo* por Cristo y en el Espíritu, propia del Obispo y los presbíteros en todas las acciones litúrgicas y, sobre todo en la Eucaristía[12], abarca no sólo sus actuaciones ministeriales, sino la vida entera[13].

12. Las conexiones establecidas por los «Praenotanda» entre el *domingo* y la *Eucaristía*, como circunstancias más apropiadas para celebrar las Ordenaciones, participando activamente toda la comunidad «junto a un único altar, que el Obispo preside rodeado por su presbiterio y sus ministros» (n. 9), no son algo casual o de poca importancia. Lo explica muy bien el mismo número en la segunda parte: «De este modo se unen al mismo tiempo la principal manifestación de la Iglesia y la administración de las Órdenes sagradas junto con el Sacrificio eucarístico, fuente y cumbre de toda la vida cristiana». El n. hace referencia a LG 11. Este texto último se refiere a la *participación* de los fieles en el sacrificio de la Eucaristía, que es fuente y cumbre de toda la vida cristiana; indica que los fieles *se ofrecen* a sí mismos con Cristo Víctima y *ofrecen* la Víctima divina a Dios; todos tienen una *parte propia* y sin confusió en la celebración, ya sea por la *oblación*, ya por la *sagrada comunión*. Además «confortados con el cuerpo de Cristo en la sagrada liturgia eucarística, muestran de un modo concreto *la unidad* del Pueblo de Dios, significada con propiedad y maravillosamente realizada por este augustísimo sacramento».

13. De los Obispos dicen los *Praenotanda* 3: ...«Por el Espíritu Santo... han sido hechos los verdaderos y auténticos maestros de la fe, pontífices y pastores "y como tales presiden la grey del Señor en la persona de Cristo cabeza"». En el concepto de «maestros en la fe y pontífices» va incluida la misión de *llevar como de la mano* (mistagogía) a los fieles, en la «dispensatio mysteriorum», a la fuente de vida que salta hasta la vida eterna. Esto que se deduce del número citado, lo ha desarrollado con palabras muy claras, JUAN PABLO II, *Exhortación Apostólica «Pastores gregis»*, San Pablo, Madrid 2003, (= PGr) n. 35. Expresiones que requieren estudio y atención son: «...que las celebraciones litúrgicas sean verdaderamente *epifanía del misterio*» (*ibid.*, 97); ser «consciente (el Obispo) de *tractare mysteria*» (98); «...ser capaz de transmitir el sentido sobrenatural de las palabras, oraciones y ritos, de modo que implique a todos en la participación en los santos misterios» (*ibid.*); ...promocionando «la pastoral litúrgica en la diócesis, ha de procurar que los ministros y el pueblo adquieran una auténtica comprensión y experiencia de la liturgia, de modo que los fieles lleguen a la plena, consciente, activa y fructuosa participación en los santos misterios, como propuso el Vaticano II» (SC 11; 14) (*ibid.*, 98-99); cfr. también: JUAN PABLO II, «Carta "Dominicae Cenae" sobre el misterio y el culto a la santísima Eucaristía» (24.II.1980) (= DC), en A. PARDO, *Documentación litúrgica...*, cit., nn. 7, 6, 12. Así, «las celebraciones litúrgicas, especialmente las que son presididas por el Obispo en su catedral, serán proclamaciones diáfanas de la fe de la Iglesia, momentos privilegiados en que el Pastor presenta el misterio de Cristo a los fieles y los ayuda a entrar progresivamente en él, para que se conviertan en una gozosa experiencia, que han de testimoniar después con las obras de caridad (cfr. Gal 5, 6)» (PGr, n. 99). Estamos ante textos preciosos, relativos a la *acción*

El sacramento del Orden, mediante la donación del Espíritu Santo, configura al ministro con Cristo Sacerdote (liturgo) y Pastor. De esa fuente sacramental dimana la vida configurada y el ejercicio del ministerio en todas las facetas, pero sobre todo en la litúrgica. La «Pastores dabo vobis» lo expresa muy bien[14].

2. La vida y la formación litúrgica del ministro ordenado

Textos importantes para este aspecto son: SC 11; 14; 17; 18; EM 5-7; 14-15[15].

mistagógica del Obispo en las celebraciones de la catedral u otros lugares donde él presida. Lo que se dice expresamente del Obispo y de las acciones litúrgicas en general, es extensible a la tarea peculiar del presbítero, cuando preside los misterios y, sobre todo, la Eucaristía. De ella, en relación con el Obispo, trata P Gr, n. 37 señalando perspectivas sugerentes, siempre fundamentadas en documentos conciliares, anteriormente indicados por nosotros.

14. Puede verse nuestro trabajo en *Seminarios* 39 (1993) 440-441, 432-433.

15. SC 11 se encuadra en el cap. I y el contexto próximo está marcado por SC 10, que habla de que la Eucaristía es la fuente por eminencia de donde "mana hacia nosotros la gracia como de su fuente y se obtiene con la máxima eficacia aquella santificación de los hombres en Cristo y aquella glorificación de Dios a la cual las demás obras de la Iglesia tienden como a su fin». Por eso, SC 11 comienza hablando de cómo «asegurar esta plena eficacia» de santificación de los hombres y glorificación de Dios. Por eso afirma: «...es necesario que los fieles se acerquen a la sagrada liturgia con recta disposición de ánimo, pongan su alma en consonancia con su voz y colaboren con la gracia divina, para no recibirla en vano». Son actitudes *espirituales* y *fundamentalmente internas*: ánimo abierto y sincero para acoger la acción de Dios; que haya perfecta sintonía entre lo que dicen los labios y lo que dicta el corazón rendido y sinergia entre la gracia divina y las disposiciones de la persona. Entonces la gracia de Dios, presente y actuando en los misterios, encuentra una tierra verdaderamente fecunda. El número termina señalando una *consecuencia lógica*: ...«los pastores... deben vigilar para que en la acción litúrgica no sólo se observen las leyes relativas a la celebración válida y lícita, sino» de modo que se de una participación «consciente, activa» y fructuosa.

El n. 14 de SC tiene como *hilo conductor* la «necesidad de promover la educación litúrgica y la participación activa». La participación «adjetivada» (plena, consciente y activa) de las celebraciones litúrgicas es la *meta* pastoral y espiritual «ardientemente» deseada por la Iglesia, para todos los fieles. Viene exigida por «la naturaleza de la liturgia misma» (por ser acción comunitaria, de todo el pueblo de Dios) y constituye un «derecho y obligación» de todo el pueblo cristiano «en virtud del bautismo». Tal participación «es la fuente primaria y necesaria en la que han de beber los fieles el espíritu verdaderamente cristiano». La participación es también *medio* para alcanzar la fuente de la vida en Cristo y en el Espíritu. Por la participación fructuosa, interna y externa se llega al *mysterión* del que mana el agua, que sacia hasta la vida eterna. De aquí se deriva el que los pastores deban aspirar a esta participación «con diligencia en toda su actuación pastoral por medio de una educación adecuada». Todo el actuar de los pastores debe

El Concilio tuvo muy claro que sin la vida litúrgica y la formación-iniciación a la misma, no es posible que el ministro ordenado se sienta plenamente feliz en su ejercicio ministerial y, mucho menos, que pueda *conducir* (ser verdadero mistagogo) a los fieles al «santuario» de la Liturgia.

Por eso invita a los pastores a *conducir* a los fieles a la participación consciente, activa y fructuosa (SC 11). Esta participación interna y externa es la «fuente primaria y necesaria en la que han de beber los fieles el espíritu verdaderamente cristiano» (SC 14). Los pastores deben procurar esto «en toda su actuación pastoral por medio de una educación adecuada» (*ibid;* cfr. EM 5-7; 14-15).

Esto no ocurrirá «si antes los mismos pastores de almas no se impregnan totalmente del espíritu y la fuerza de la Liturgia y llegan a ser maestros de la

orientarse a la *meta y medio* señalado, usando como pedagogía la educación *para* y *en* la liturgia. Pero esto no será posible —continúa diciendo el mismo número— «si antes los mismos pastores... no se impregnan totalmente del espíritu y de la fuerza de la liturgia y llegan a ser maestros de la misma». Nadie da lo que no tiene; en la liturgia, como celebración del misterio de Cristo a través de los «ritus et preces», los pastores deben haber hecho la experiencia (desde la fe) de empaparse como una esponja en el sentido espiritual, bíblico y teológico del misterio que se actualiza en la liturgia. Los pastores, mediante el estudio, las buenas disposiciones, la acogida cordial de lo que se celebra, el esfuerzo por configurarse con el Cristo presente que actúa por la fuerza del Espíritu Santo, la exigencia de convertirse en lo celebrado a lo largo de la vida, llegarán «a ser maestros de la misma (liturgia)». Por eso este número termina pidiendo «que se provea, antes que nada, a la educación litúrgica del clero». De ella se ocupa SC 16-18.

SC 17, precedido por lo relativo a la asignatura de liturgia (n. 16), es particularmente significativo, en orden a lo que tratamos. El número se encuadra en el tema de «una formación litúrgica de la vida espiritual» tanto en los seminarios como en las casas religiosas. La vida espiritual de seminaristas y novicios debe estar marcada por la litugia, como verdadera fuente y cumbre de su ser y actuar. Los medios que señala SC 17 son: «...una adecuada iniciación» orientada a «comprender los sagrados ritos y participar en ellos con toda el alma». Es preciso que en la formación litúrgica se les vaya llevando como de la mano. La imagen que me parece más adecuada para explicar esta iniciación, en el misterio litúrgico, es la de Jn 1, 35-39. Juan Bautista con sus discípulos fija la mirada en Jesús que pasa y dice: —«Éste es el cordero de Dios. Al oír estas palabras, los discípulos se fueron detrás de Jesús. Jesús se volvió y, al ver que lo seguían, les preguntó: —¿Qué buscáis? Le contestaron: —Rabí (que significa maestro), ¿dónde vives? Y les dijo: —Venid y lo veréis. Lo acompañaron, vieron donde vivía y se quedaron aquel día con él; serían las cuatro de la tarde». Tanto Juan Bautista como Jesús van conduciendo a los dos discípulos a la persona y al misterio que esconde Jesús y que sólo Él puede revelar. Juan señala con la palabra y los gestos a Jesús, como el Cordero pascual, que será entregado para rescatar a los hombres y hacerlos pasar (pascua) a la vida nueva. Los discípulos que oyen las palabras misteriosas, pero sugerentes de Juan, siguen a Jesús (es el seguimiento como expresión de una vida de discipulado, quieren entrar en la escuela de Jesús, compartir con él su vida y su suerte). Jesús, viendo que le seguían (detrás), «se volvió» (se esfuerza por situarse donde ellos están, aprecia su gesto e inicia el diálogo, que es un modo de conducirles y orientarles.) Luego, «les preguntó: —¿Qué buscáis?». Ya

misma, es indispensable que se provea, antes que nada, a la educación litúrgica del clero» (SC 14). En esto guiarán a los fieles no sólo de palabra, sino también con el ejemplo (cfr. SC 14). En el caso del ministro ordenado, «el ejemplo» se concreta en su presencia, su ser icono viviente que transluce a Jesucristo Sacerdote, su modo de proclamar la Palabra de Dios y orar en nombre de toda la Iglesia; su modo de observar los silencios o el canto. Respecto a la asignatura de liturgia, es preciso explicarla bajo los aspectos: teológico e histórico, espiritual pastoral y jurídico (cfr. SC 16).

Los seminaristas y aspirantes de Institutos religiosos «deben adquirir una formación litúrgica de la vida espiritual por medio de una adecuada iniciación que les permita comprender los sagrados ritos y participar en ellos con toda el

está en marcha el proceso de conocimiento, de interés por las personas, de conducción y orientación de la vida y los intereses de la persona. «Le contestaron: —Rabí (que significa maestro), ¿dónde vives?». Ha crecido el interés de los «iniciados», reconocen su magisterio, les importa conocerle y compartir su intimidad, aunque sea por breve tiempo. Por eso, le preguntan por su casa. Desean descubrirle y constatar no sólo su «revelación», sino también su secreto y la razón de su vivir. Para ello, nada mejor que poder conocer y convivir en su casa. «Y les dijo: —Venid y lo veréis». El Maestro ha comprendido el mensaje de los discípulos, debe dar un paso más en la conducción (mistagogía) o iniciación. Continúa el diálogo, quizás caminando ya. Pero diálogo y gesto (caminar hacia casa) compromete más al Maestro y a los discípulos. Ya no bastan las palabras, la predicación, el puro diálogo verbal. Son necesarios también los gestos de compromiso y que refrendan la verdad de las palabras. Es necesario que los que están siendo iniciados hagan experiencia por sí mismos (es parte de la mistagogía). «Venid y lo veréis». Jesús va delante, con ellos. Es quien conoce el camino que conduce a su casa y quien puede conducirles. Pero, a ellos les toca su parte, que es imprescindible: deben ponerse en camino, seguir al Maestro y ver lo que desean profundamente. No se contentan con oir y acompañar por el camino, desean ver y llegar a la morada, donde se hospeda Aquel que es el Cordero pascual. El relato termina diciendo: «Lo acompañaron»... La iniciación es acción comunitaria, al menos de un maestro que inicia y un discípulo que desea ser iniciado. «Vieron dónde vivía y se quedaron aquel día con él» ...Compartieron la vida y, en ella, todo lo humano, noble y honesto del Maestro. La iniciación no puede quedarse sólo a un nivel intelectual, doctrinal o teorético. Implica la experiencia de vida compartida y por tanto la dimensión comunitaria. El quedarase con el Maestro, anticipa el permanecer en Él (o seguir con Él), como Él permanece en nosotros (o sigue con nosotros) (cfr. Jn 15, 1-10). La experiencia de compartir el diálogo, los gestos, sentimientos y planes o lo que es lo mismo, la vida entera, marca la vida y la conforma con el misterio vivido. Ya en adelante se recordará aquel acontecimiento como algo fundamental en la vida, como un encuentro que se recuerda siempre y del que depende la trayectoria vital de la persona. Por eso, san Juan termina el relato con las palabras: «serían las cuatro de la tarde». El tiempo configura y es testigo de los grandes acontecimientos de la vida humana.

Este largo párrafo ilumina la importancia de la *iniciación* y *participación* en los ritos sagrados, en la celebración, «con otros ejercicios de piedad, penetrados del espíritu de la sagrada liturgia» (SC 17), aprendiendo «a observar las leyes litúrgicas», de manera que «la vida esté totalmente informada de espíritu litúrgico» (cfr. *ibid.*). Cfr. también SC 18.

alma, ya sea celebrando los sagrados misterios, ya sea con otros ejercicios de piedad, penetrados del espíritu de la sagrada Liturgia...» (SC 17).

A los sacerdotes, tanto seculares como religiosos, que ya trabajan en la viña del Señor, se les ha de ayudar con todos los medios apropiados a comprender cada vez más plenamente lo que realizan en las funciones sagradas («Considera lo que tratas»), a vivir la vida litúrgica y comunicarla a los fieles a ellos encomendados (cfr. SC 18).

3. La Eucaristía: Misterio, celebración y vida

Textos importantes en este sentido son los siguientes: LG 3; 7; 11; 26; 28; EM 2-3; 5-8; OGMR 1-5; CCE 1324-1327[16]. La Eucaristía, como toda la liturgia, es siempre y la vez una realidad que implica perspectivas diferentes y complementarias. Es una realidad muy rica en aspectos y contenidos. En este mundo nunca la podremos agotar y comprender del todo.

16. La extensión de este trabajo no nos permite presentar ni siquiera lo fundamental de estos artículos del Concilio y números de otros documentos. LG 3 se refiere a la Iglesia, Cuerpo de Cristo, que ha comenzado y crece a partir de la Pascua de Cristo. Comienzo y crecimiento se simbolizan «en la sangre y en el agua que manaron del costado abierto de Cristo crucificado» (cfr. Jn 19, 34). La *obra de nuestra redención* se actúa siempre que sobre el altar se celebra el sacrificio de la cruz... Y... la unidad de los fieles, que constituyen un solo cuerpo en Cristo, está presentada y se realiza por el sacramento del pan eucarístico (cfr. 1 Cor 10, 17). Iglesia y Eucaristía van íntimamente unidas y se potencian mutuamente. Cfr. DC n. 4; EM nn. 6-7.

LG 7 La Iglesia tiene en Cristo su Cabeza, siendo ella su Cuerpo místico. En él se comunica el Espíritu a todos sus miembros a través de los sacramentos y especialmente de la Eucaristía. «Participando realmente del Cuerpo del Señor en la fracción del pan eucarístico, somos elevados a una comunión con Él y entre nosotros... (1 Cor 10, 17). Así todos nosotros nos convertimos en miembros de este Cuerpo (cfr. 1 Cor 12, 27) *y cada uno es miembro del otro* (Rm 12, 5)». La Eucaristía comunica el Espíritu y así contribuye, de modo especial, a la comunión y unidad de todos los miembros del Cuerpo de Cristo. El Espíritu es el principio de vida en la Iglesia, como lo es el alma en el cuerpo humano.

LG 11: «El carácter sagrado y orgánicamente estructurado de la comunidad sacerdotal se actualiza por los sacramentos y por las virtudes. Participando del sacrificio eucarístico, fuente y cumbre de toda la vida cristina, ofrecen a Dios la Víctima divina y se ofrecen a sí mismos juntamente con ella...» (nota 11 de este trabajo); LG 26, cfr. página 2 de este trabajo; LG 28, páginas 2-3; CCE nn. 1324-1327. «Son números introductorios, relativos a la Eucaristía, fuente y cumbre de la vida eclesial». Todos los demás sacramentos, ministerios y obras apostólicas se ordenan a la Eucaristía; ésta «significa y realiza la comunión de vida con Dios y la unidad del Pueblo de Dios»; la celebración eucarística nos une ya a la liturgia del cielo y anticipa la vida eterna; «la Eucaristía es el compendio y la suma de nuestra fe».

3.1. *La Eucaristía, misterio*

Para profundizar en la entraña de la liturgia y, sobre todo de la Eucaristía, es preciso profundizar en sus «raíces», en lo más substancial, lo que no se ve, el don del Padre por Cristo en el Espíritu Santo, su realidad sacramental. Toda la realidad bíblica, teológica, sacramental y espiritual, que «irrumpe» en la celebración de la Eucaristía, es *don de Dios*, por Cristo en el Espíritu Santo[17]. Y tal profundidad y riqueza es «comulgada» por la Iglesia orante. El misterio[18] hace referencia a la iniciativa y prevalencia de lo divino, lo invisible, la contemplación y adoración y la apertura al «esjaton» («hasta que Él vuelva»)[19]. Es pregustación del banquete del cielo. Y, de la celebración brota la *presencia sacramental* y *substancial*, la adoración y el culto fuera de la Misa[20]. El misterio es lo que *sustenta* toda la realidad litúrgica de la Eucaristía. Tal misterio es Cristo muerto, resucitado y glorificado, celebrado en la acción litúrgica y asimilado por la asamblea celebrante. Más bien habría que decir que, es la asamblea y, sobre todo los que comulgan, quienes *son asimilados por Él*[21]. Al misterio se accede por la fe, se acoge en humildad y reclama alabanza y acción de gracias. El misterio, más que incomprensible a la razón, es inabarcable e inagotable; por eso desborda siempre a la razón, que necesita imperantemente de la fe.

3.2. *La Eucaristía acción o celebración*

El misterio se actúa en un lugar, en un tiempo, por unas personas, con unos medios (gestos, actitudes, palabras y objetos). Es una acción *eclesial*, no un mero acto de piedad individual o comunitario; acción, ministerial, jerárquica, ordenada y «sinfónica» (SC 26-29), donde todo debe armonizarse en orden a la consecución de un *fin:* el culto de Dios, la santificación de los fieles (SC 7) y la edificación de la comunidad cristiana (Iglesia) (CCE 1118; 1396). Por eso, los ministerios, servicios y funciones están al servicio del sacerdocio bautismal y éste alcanza su culminación mediante el sacerdocio ministerial (CCE 1119-1120).

17. Cfr. E d E, nn. 5-10 y todo el cap. I, nn. 11-20.
18. Cfr. B. NEUNHEUSER y A.M. TRIACCA, «Mistero» en D. SARTORE, A.M. TRIACCA y C. CIBIEN (a cura), *I dizionari san Paolo. Liturgia,* Cinisello-Balsamo-Milano 2001, 1215-1234. En adelante lo citaremos con la sigla DL; A.M. TRIACCA, «Partecipazione», en *DL* 1427-1450; sobre todo importan las páginas 1440/6.
19. Cfr. CCE nn. 1402-1405; E d E nn. 18-20.
20. Cfr. CCE nn. 1373-1381; E d E n. 15; *Ritual de la sagrada comunión y del culto a la Eucaristía fuera de la Misa,* Editores litúrgicos 1979.
21. Cfr. CCE n. 1392.

Gracias a éste, la acción sinérgica de Cristo y la Iglesia hace actual la presencia del misterio de donación de Cristo y la comunión en su Cuerpo y Sangre. La acción eucarística que presencializa el misterio, comunica la Vida de Dios, por la Palabra y el Cuerpo y la Sangre del Señor.

La celebración no es nunca una acción cerrada a un grupo o comunidad ni privada, sino reflejo de la única Iglesia, extendida de Oriente a Occidente. Esta celebración supone siempre un *acontecimiento* (la Pascua del Señor), la exigencia de una comunidad y un clima festivo. La Eucaristía como celebración es *acción*, sobre todo de gracias y alabanza (CCE 1359-1361), sacrificio de Cristo y de la Iglesia (CCE 1365-1372), memorial de la Pascua de Jesús (CCE 1362-1374), comunión en su misterio (CCE 1382-1390) y prenda de la gloria futura (CCE 1402-1405).

Es una celebración que implica un *antes* (lo previo a la celebración) y un *después* (misión, apostolado, compromiso en el mundo, vivencia del sacerdocio bautismal). La liturgia y la Eucaristía *no se agotan en la celebración*, comportan un flujo, de la vida a la celebración y un reflujo, de la celebración a la vida entera. Además la acción litúrgica que hace presente substancialmente a Cristo resucitado, alimento de la vida de los cristianos, desemboca en la *adoración* y *culto a las especies eucarísticas*, fuera de la Misa (CCE 1377-1381).

3.3. *La Eucaristía, vida de los cristianos*

En la Eucaristía se hace presente la vida del Padre, por Cristo, Sacerdote, Víctima y Altar de los cristianos, en el Espíritu Santo «Señor y fuente de vida». Todo ello tiene lugar por, con y en la Iglesia (comunidad orante). Esta vida se recibe en: la Palabra, la reunión en nombre del Señor, en la oración hecha por Cristo en el Espíritu al Padre, en la comunión del mismo Pan, Cuerpo de Cristo y del único cáliz, su sangre, que hace de muchos una sola cosa (el Cuerpo eclesial de Jesucristo)[22]. En la Eucaristía, donde reside «todo el bien espiritual

22. Es importante que los cristianos descubramos que la Eucaristía nos construye como Iglesia, es decir como Cuerpo místico de Cristo, Cuerpo eclesial nutrido por el Cuerpo resucitado y la Sangre glorificada del Señor, fruto de la celebración memorial y sacrificial que es la Eucaristía.. Se cumple lo de san Pablo en 1 Cor 10, 16-17: «...Porque aun siendo muchos, un solo pan y un solo cuerpo somos, pues todos participamos de un solo pan» (CCE 1396). Lo expresó bellamente san Agustín: «Si vosotros mismos sois Cuerpo y miembros de Cristo, sois el sacramento que es puesto sobre la mesa del Señor, y recibís este sacramento vuestro. Respondéis "amén" (es decir, "sí", "es verdad") a lo que recibís, con lo que respondiendo, lo reafirmáis. Oyes decir "el Cuerpo de Cristo", y respondes "amén". Por lo tanto, sé tú verdadero miembro de Cristo para que tu "amén" sea también verdadero» (CCE 1396; cfr. 1064).

de la Iglesia» (CCE 1324), recibimos la Vida de Dios (el Pan de la Vida = Cristo), que nos asimila Él, para comunicarla a todo el mundo, haciendo de los cristianos eucaristía viva para los hombres. Por eso la Eucaristía va «de la misa a la misión».

4. La Eucaristía, memorial de la Pascua de Cristo, epíclesis y participación fructuosa

Los textos importantes para este apartado son: 1 Cor 11, 23-25; Lc 22, 19; SC 14; 26; 47-57; CEC 1099; 1103; 1362; 1105; 1153; 1359-1361; 1109; 1368; 1273; 1121; *Vicesimus quintus annus* (= VQA)[23] nn. 4; 6; 12; *Dies Domini* (= DD) 50-51[24].

23. Juan Pablo II, «Carta Apostólica "Vicesimus quintus annus"» (4.XII.1998), en A. Pardo, *Documentación litúrgica..., o.c.* 89-101. Dice el n. 4: «La Iglesia no sólo actúa, sino que se expresa también en la liturgia, vive de la liturgia y saca de la liturgia las fuerzas para la vida». Lo que se dice de la liturgia en general es válido sobre todo aplicado a la Eucaristía, cfr. DC n. 13. El n. 6 de VQA, el Papa comienza hablando del misterio pascual actualizado en la liturgia de la Iglesia como el «primer principio». La vida litúrgica entera gira en torno a la Eucaristía y los demás sacramentos, «por los que llegamos a la fuente misma de la salvación». Luego añade: «Cuando los fieles participan en la Eucaristía han de comprender verdaderamente que "cada vez que celebramos el memorial de la muerte del Señor, se realiza la obra de nuestra redención". Y, por ello, se nos comunica la vida nueva en Cristo. De ahí que los pastores han de formar a los fieles para participar cada domingo en el misterio pascual de Cristo. De ahí la importancia que debe volver a tener la Vigilia de pascua anual para toda la Iglesia. Y, dado que la muerte y resurrección de Cristo "constituye el centro de la vida diaria de la Iglesia y la prenda de su Pascua eterna, la liturgia tiene como primera función conducirnos constantemente a través del camino pascual inaugurado por Cristo, en el cual se acepta morir para entrar en la vida". La liturgia es, por tanto la *gran mistagogía de la Iglesia* para llegar a la fuente de la vida (Cristo muerto y resucitado) y saciar nuestra sed de redención y vida nueva».

24. Los textos señalados del CCE sintetizan bellamente todo el contenido de la Eucaristía. Los nn. 1099-1103 se refieren al aspecto central que comporta la Eucaristía, en cuanto *memorial* del misterio de la Pascua del Señor. En este memorial tienen un papel central el Espíritu Santo, que «es la memoria viva de la Iglesia (cfr. Jn 14, 26)» (CCE n. 1099). Para este memorial el Espíritu Santo da vida a la Palabra de Dios, que es proclamada en la celebración litúrgica (CCE 1100). El mismo Espíritu da la inteligencia espiritual de la Palabra de Dios a los oyentes y lectores (CCE 1101, 117). Es también el Espíritu Santo quien da la gracia de la fe, la fortalece y la hace crecer en la comunidad. Por eso, la asamblea litúrgica se constituye «ante todo como comunión en la fe» (CCE 1102, 143). En la Liturgia de la Palabra, primera parte de la Eucaristía, el Espíritu Santo *recuerda* a la comunidad celebrante todo lo que Cristo ha llevado a cabo por nosotros. En este sentido, la anámnesis (memorial), más o menos desarrollada, «hace memoria» de las maravillas de Dios (CCE 1103). Después de la memoria, el Espíritu Santo suscita también la alabanza y acción de gracias (doxología) *(ibid).*

La Eucaristía es *memorial* de la Pascua del Señor, *epíclesis* que hace descender el Espíritu y *participación activa, fructuosa y consciente.*

1. Es *Memorial:* «Haced esto en memoria mía» (Plegaria eucarística). Es el Señor quien mandó a los apóstoles celebrar la Eucaristía. Se trata de un memorial *objetivo*, que hace presente lo que recuerda y lo hace presente a Dios y a los hombres. El *centro* de ese memorial es el misterio pascual: la pasión, muerte y resurrección del Señor. Ante el memorial se requiere *obediencia y fidelidad* por parte de la Iglesia: es la Eucaristía que nos mandó celebrar el Señor.

2. Es *Epíclesis* o súplica al Espíritu Santo. Tiene como finalidad que descienda sobre el pan y el vino y sobre la comunidad orante. Por la acción del Espíritu tiene lugar la conversión del pan y del vino en el Cuerpo y Sangre de Cristo y la de los fieles (por la comunión del Cuerpo eucarístico) en el Cuerpo eclesial del Señor, es decir la Iglesia, donde el Espíritu Santo realiza la comunión con la Trinidad y entre todos los miembros. El Espíritu es la savia que circula por los miembros todos (CCE nn. 1108-1109).

Los nn. 1362-1366 explican con precisión la condición de la Eucaristía como memorial de la Pascua de Cristo. Esto aparece en todas las plegarias eucarísticas, después de las palabras de la institución, en la oración que llamamos *anámnesis* o memorial. El memorial en el NT cobra un sentido nuevo y, sobre todo en la Eucaristía de la Iglesia, pues el memorial convierte la realidad recordada (la Pascua de Cristo) en *presente y actual*, cuantas veces se celebre (cfr. Heb 7, 25-27; LG 3; CCE 1364, 611, 1085). Pero el memorial *fundamenta* el sacrificio eucarístico y aplica el fruto del mismo (CCE 1365-1366).

Los nn. 1104-1106 del CCE al tratar el tema de la actualización del misterio de Cristo por parte del Espíritu Santo, hablan de la *epiclesis*, que en la Eucaristía consagra (santifica) los dones y a los fieles que reciben el Cuerpo y la Sangre del Señor. Esta oración junto con la anámnesis es el *centro* de toda celebración sacramental y en especial de la Eucaristía (CCE 1106; cfr. 1107, 1375, 2816). En la parte relativa al sacramento de la Eucaristía, el CCE nn. 1353 habla también de la epíclesis y su función dentro de la Plegaria eucarística, cfr. CCE 1375-1376.

El CCE n. 1273 habla del *carácter* bautismal (sacramental) que consagra a los fieles para el culto religioso cristiano (cfr. LG 11). Este sello «capacita y compromete a los cristianos a servir a Dios mediante una participación viva en la santa Liturgia de la Iglesia y a ejercer su sacerdocio bautismal por el testimonio de una vida santa y de una caridad eficaz (cfr. LG 10)»; cfr. nn. 1070, 1121. Aquí *se fundamenta* el derecho y deber de todo bautizado a participar activa, fructuosa y conscientemente en las celebraciones litúrgicas (CCE nn. 1136, 1140-1144, 1348, 1368-1372, 1382-1390, 1137-1139). Esta participación es culminante en la Eucaristía (CCE 1118-1119, 1382-1390).

La DD de JUAN PABLO II, *Carta Apostólica* (31.V.1998), Palabra, Madrid 1998, nn. 50-51. Estos dos números hablan ampliamente sobre la misa dominical, como celebración gozosa y animada por el canto, en la que deben *participar* todos los fieles. Conviene que jóvenes y adultos se sientan interesados y *participen* conforme lo aconseja la liturgia. Sacerdocio común y ministerial se armonizan, cuando cada uno realiza su ministerio y funciones, en fidelidad a lo que establece la naturaleza de las cosas y las normas litúrgicas.

3. Es *participación activa, fructuosa y consciente* («methesis») de todos los miembros de la comunidad en el misterio que irrumpe, se hace presente, es celebrado y acogido.

La Eucaristía, en virtud de su naturaleza(acción eclesial) y del sacerdocio bautismal de los fieles comporta ser participada por todos, cada uno según su orden, ministerio y participación actual. En ella el sacerdocio ministerial, actuando «in persona Christi Capitis», lleva al sacerdocio bautismal a la cumbre de su ejercicio: ofrecer con el presbítero y por sí mismo.

La *participación* es *medio* para vivir el auténtico espíritu cristiano (SC 14), para alimentar el ser de discípulo de Jesucristo. A la vez la participación es *meta* a la que los pastores han de conducir, con todo el celo, a sus fieles. Esta meta se concreta en: dar culto a la Trinidad, realizar la más alta vocación humana (entrar en comunión con Dios, divinización)[25] y fundamentar el apostolado y la misión evangelizadora en el mundo (= misión).

La participación es ejercicio del sacerdocio común, derecho y deber de los bautizados y debe ser interna y externa, activa, fructuosa y consciente. No puede ser una participación de cualquier modo, por moda, apoyada en una visión subjetiva o caprichosa. La Eucaristía auténtica, legítima (tradición litúrgica) es la que se celebra en comunión con toda la Iglesia, a través del Obispo y según la disciplina de la Iglesia. Participar *no es igual* a «hacer», moverse, actuar sensible y visiblemente. La participación *implica* también las actitudes interiores profundas, tales como: la fe, la adoración, la conversión, la alabanza, acción de gracias, la piedad, la actitud reverente, el silencio, el canto, etc. Pero a la vez lleva consigo también los aspectos externos: orden, movimientos, posturas corporales, gestos, lenguaje, talante festivo, etc.

5. La Eucaristía, «doxología» de la Trinidad

Toda la Eucaristía es acción de la Trinidad. Toda ella es don del Padre, por Cristo en el Espíritu Santo para la Iglesia y el mundo. Pero en otro movimiento, el ascendente, todo debe terminar en la alabanza y acción de gracias (doxología) por Cristo, Sacerdote único, en el Espíritu Santo y al Padre (CCE 1103; 1077-1083; 1352; 1359-1361)[26].

25. Cfr. L nn. 65-66; SP n. 25; IL 49; también OGMR n. 79 h.
26. Cfr. L n. 8; DD n. 42. T. Špidlík, *La oración según la tradición del Oriente cristiano,* Monte Carmelo, Burgos 2004, 134-135.

El Padre convoca a la comunidad celebrante. Por la Palabra de Dios en la Eucaristía, la bendición divina es plenamente revelada y comunicada: el Padre es reconocido y adorado como fuente y término de todas las bendiciones de la creación y salvación. Nos colma de sus bendiciones en su Verbo encarnado, muerto y resucitado por nosotros. Por él derrama sobre nosotros el Espíritu Santo (CCE 1082).

De un modo especial en la Eucaristía «la Iglesia, unida a su Señor y "bajo la acción del Espíritu Santo" (Lc 10, 21), bendice al Padre "por su don inefable" (2 Cor 9, 15) mediante la adoración, la alabanza y la acción de gracias». Por otra parte y hasta el fin, «la Iglesia no cesa de presentar al Padre "la ofrenda de sus propios dones" y de implorar que el Espíritu Santo venga sobre esta ofrenda..., sobre los fieles y sobre el mundo entero, a fin de que, por la comunión en la muerte y en la resurrección de Cristo-Sacerdote y por el poder del Espíritu, estas bendiciones divinas den frutos de vida "para alabanza de la gloria de su gracia" (Ef 1, 6; CCE 1083)».

El Hijo está presente en la Eucaristía de la Iglesia significando y realizando principalmente su misterio pascual (CCE 1085). Cristo está presente realmente en la Eucaristía por diversos capítulos y de un modo *eminente* en las especies eucarísticas. Está siempre unido a la Iglesia, su Esposa (CCE 1089). Con Cristo en la liturgia terrena pregustamos la liturgia celeste (SC 8; LG 50; CCE 1090). En la fe ya gustamos anticipadamente el banquete de los bienaventurados, cuando celebramos la liturgia; la celebración de la tierra es participación en fe y esperanza de aquella fiesta del cielo, que no termina.

El Espíritu Santo en la Eucaristía es el *pedagogo de la fe* del pueblo de Dios, el artífice de las «obras maestras de Dios» (los sacramentos), el que hace real en el corazón de la Iglesia, que vivamos de la vida de Cristo resucitado (CCE 1091). Nos prepara para el encuentro con el Señor, recuerda y manifiesta a Cristo a la fe de la asamblea, hace presente y actualiza el misterio de Cristo por su poder transformador (epíclesis) y une a la Iglesia a la vida y misión de Cristo (CCE 1092-1093-1109).

6. Conclusión

La Eucaristía es la fuente y culmen de la vida, la actividad y la misión de los cristianos (SC 10)[27], el mayor bien, el cimiento de la Iglesia, su epifanía más espléndida, el centro de todos los sacramentos y sacramentales, de donde di-

27. DD n. 45; L cap. VII; SP 31; IL nn. 72-90.

manan y se alimentan todos los carismas. Es preciso prepararla y prepararse para ella[28]. Es necesario avanzar día a día en la inteligencia de su misterio y vivirla en toda su plenitud. Pero el protagonismo es del Padre, por Cristo en el Espíritu Santo. Además existe una comunión de fe y caridad con los bienaventurados y quienes se purifican. El ministro ordenado y todos los ministerios que actúan en comunión con Él, son mediaciones pobres, pero eficaces de los «actores invisibles». Es preciso agradecer también el don recibido dando gracias[29] y adorarlo en la presencia permanente, en las especies eucarísticas[30]. Así la Eucaristía, el don culminante del Señor a su Iglesia, para alimentarla y crecer en fe durante la peregrinación de este mundo, cumplirá su cometido y será verdadera *fuente y culmen* de todo lo cósmico[31] y lo humano.

Ramiro GONZÁLEZ
Instituto Teológico «Divino Maestro»
OURENSE

28. Cfr. EM n. 15.
29. Cfr. EM n. 38.
30. Cfr. EM 49-67.
31. Cfr. L n. 29.

Copyright of Scripta Theologica is the property of Universidad de Navarra and its content may not be copied or emailed to multiple sites or posted to a listserv without the copyright holder's express written permission. However, users may print, download, or email articles for individual use.